

La constitución del gallego como lengua escrita*

R. CARBALLO CALERO

Universidad de Santiago

EL GALLEGO - PORTUGUÉS

El conocimiento filológico, como todo conocimiento científico, es un conocimiento formal. Es una ordenación de datos empíricos con arreglo a un criterio convencional. Las circunstancias culturales de la sociedad en que el conocimiento se verifica, justifican éste, otorgándole una credencial de validez funcional. Un esquema útil para aprehender la realidad, que no nos es dado asimilar intencionalmente en bruto, no puede aspirar a una exclusividad en abstracto. Es una perspectiva, que depende del punto de vista. Una lengua no es una cosa real, sino una concepción intelectual elaborada mediante una lección y una selección de una materia objetiva, pero informe. Al informar esa materia, los perfiles de la figura lingüística pueden desplazarse de acuerdo con las necesidades prácticas. En el mundo de los hechos, la lengua gallega no está delimitada en el tiempo ni en el espacio. Esa delimitación es conceptual, y puede variar de acuerdo con las categorías elegidas. Así, bien podemos considerar que el gallego surge cuando surge el gallego-portugués; pero igualmente es razonable considerar que surge cuando el gallego-portugués desaparece. Se trata de hipótesis de trabajo. Manejando la primera, es decir, identificando el gallego-portugués con el gallego antiguo, o más antiguo, en cuanto lengua escrita, podemos decir que nuestro idioma tiene una primera proyección literaria que se extiende desde fines del siglo XII hasta fines del siglo XV —o desde un poco después hasta un poco antes. La más antigua manifestación literaria del gallego que ha llegado hasta nosotros, es la poesía trovadoresca, cuyo último eco está históricamente representado por el diálogo entre don Alvaro González de Alcántara y don Gómez Manrique, redactado no ya en forma de *tenzón*, con estrofas alternadas de cada uno de los contendientes, de acuerdo con la poética primitiva, sino en forma de “pregunta” y “respuesta” independientes, del uno y del otro respectivamente, aunque, como en la *tenzón* provenzal, ateniéndose rigurosamente la respuesta, en el metro, las rimas y la estructura estrófica, al esquema de la pregunta. Este canto del cisne de la lírica trovadoresca gallega puede datarse hacia 1465.

La prosa tabeliónica, cuyos testimonios más antiguos son contemporáneos de las primeras muestras de poesía cortesana, se mantiene algo más. Entre los documentos gallegos publicados por Ferro, el más moderno es de 1532.

* Conferencia en Vigo, 13 junio 1973.

Por esas fechas se extingue la tradición escrita del gallego, tanto en cuanto lengua literaria como en cuanto lengua notarial. El texto de Gómez Manrique nos presenta ya muy deteriorada por el contacto con el castellano la lengua poética. En la composición aparece un *complaceiros* rimando con *escudeiros*, que no puede ser interpretado sino como un *hiperenxebrismo* análogo a la *soma* "sombra" de García Lorca, uno y otro explicados por el deficiente conocimiento del gallego que tenían ambos autores. Manrique lo reconoce, y se disculpa:

Non miredes a elocuenza
baixa de meu responder,
que, con a gran diferenza
de las falas, meu poder
non pode ben compoer.

En cuanto a la prosa notarial, en fecha tan avanzada, bien se comprende que aparezca mucho más contaminada de castellano. El texto de Ferro es realmente gallego-castellano, como en menor medida lo es también la respuesta de Manrique. Éste escribe en un gallego para castellanos, con los mismos barbarismos y ultracorrecciones de la canción gallega que hoy se destina a la exportación. En cuanto al escribano de 1532, diríamos que escribe en un castellano para gallegos, o bien que intenta escribir en castellano sin liberarse del gallego: una especie de *castrapo*. Así, desfigurada en la pluma de castellanos que no lo conocen bien, e intentando disfrazarse de castellano en la de gallegos que no dominan la lengua general, se desata en cenizas la nuestra como lengua escrita.

EL GALLEGO. LENGUA ORAL

Durante toda la Edad Moderna, el gallego vive en estado de indefensión cultural. Una lengua es en sí misma, ciertamente, un fenómeno de cultura. Pero si la lengua no se escribe, se inscribe en el marco de la cultura folklórica. Pertenece a la lingüística etnográfica, no a la filología. Con la monarquía absoluta, el castellano se transforma en español, y este español va a ser la lengua literaria de las Españas. La tradición literaria del gallego se interrumpe, y no se conserva el recuerdo de la poesía trovadoresca. Los *Cancioneiros* permanecen enterrados en el olvido hasta el siglo XIX. En castellano escriben los gallegos del Cancionero de Hernando del Castillo: un don Pedro Álvarez Osorio, conde de Lemos; un don Rodrigo de Moscoso y Osorio, conde de Altamira; un don Luis de Vivero. Y más adelante, un Fray Jerónimo Bermúdez y un don Francisco de Trillo y Figueroa. Y, naturalmente, otros más, pero suficientemente pocos e insuficientemente distinguidos para desmentir, desde su perspectiva, las palabras del Fénix: *Galicia nunca fértil en poetas*. Un "nunca" que es un "no ahora".

El gallego de este tiempo —el gallego medio— es, pues, lengua oral. Es decir, lengua dialectal, lengua no escrita. El registro culto del gallego es el castellano. Por eso, cuando por bazaría se escribe en gallego, por mucho que se eleve el tono —y apenas se eleva más que para entonar las exequias de la reina Margarita—, no hay conciencia de lengua literaria, sino plasma-

ción gráfica de la lengua oral. La infrecuencia de esta plasmación es condición necesaria del efecto procurado. Como en las jarchas de Valle-Inclán, el sainete está en emplear anormalmente como lengua escrita una lengua normalmente sólo oral, en otorgar un trato de lengua culta a una lengua popular. Sobre el fondo de la literatura regular en castellano, esta literatura excepcional en una lengua no literaria, tiene la gracia licenciosa de la jarcha en el marco de la muhuasaja.

Esta situación hace no existente el problema de la lengua literaria. Es imposible el planteamiento de ese problema porque ese planteamiento supone una distinción entre lengua literaria y lengua oral que no se da en la conciencia de los eventuales cultivadores del gallego. Por ahora —digámoslo con la necesaria exageración— no se trata de *escribir en gallego*, sino de *hablar en gallego por escrito*.

EL GALLEGO, LENGUA ESCRITA

Y esta situación persiste hasta el Resurgimiento, que propiamente es una insurrección, y no una resurrección, porque, como queda dicho, se había olvidado, o permanecía oculta o inaccesible para nuestros escritores, la mayor parte de la producción literaria medieval.

Lo que caracteriza precisamente a ese Resurgimiento es el propósito de constituir una lengua literaria, de elevar al gallego de su condición de lengua hablada a la condición de lengua escrita. Aunque de momento su gallego escrito no diferirá prácticamente del gallego oral plasmado gráficamente por el Cura de Fruime, la actitud ante el material lingüístico es distinta. Ya no se trata de escribir en gallego la jarcha de la muhuasaja. Se trata de escribir en gallego la muhuasaja misma.

La distinción entre gallego escrito y gallego hablado nace propiamente ahora. Con ello se abandona la interpretación del gallego como lengua puramente folklórica, como "patois", como "bable", que privaba desde el siglo XVI. Aunque la práctica real está todavía muy lejos de la teoría ideal, ésta se funda en la normalización del gallego como lengua escrita. El gallego se sitúa intencionalmente al nivel del castellano. Se trata de oposición, no ya de contraste.

La vieja concepción del gallego escrito como gallego oral que excepcionalmente se disfraza con el atuendo gráfico para buscar en el contraste un efecto especial, como la mujer que se disfraza de hombre o la niña que se disfraza de mujer, deja de estar vigente hacia 1850, fecha en que nuestra lengua aspira ya al rango pleno de lengua literaria.

De lengua literaria que es primero una lengua lírica: la de las poesías de Añón, Camino, Valladares. Pero que en seguida se dobla de una versión en prosa, como en *A gaita gallega*, de Pintos. La pretensión de una Pardo Bazán de limitarla a la expresión del mundo rural, como un panocho o un baturro cualquiera, está condenada al fracaso. En la conciencia de los escritores, el gallego se ha desdialectalizado.

Pero esta lengua, que hacia 1850 conquista la literalidad, la mantiene penosamente durante muchos años en el campo de la literatura. Sólo en el campo de la literatura. No es una lengua escrita en la plenitud de este con-

cepto. Por supuesto, no es lengua oficial, no se escriben en ella los documentos públicos. Pero tampoco los privados. Los Precursores, lo mismo Rosalía que Curros, escriben sus cartas en castellano. Es hacia 1916, con la fundación de las *Irmandades da Fala*, cuando se produce el rebasamiento de las viejas posiciones. Ahora el gallego es lengua epistolar, es lengua escrita —para los galleguistas, naturalmente— sin más limitaciones que las dimanantes del ordenamiento jurídico. El propio Pondal es precursor de esta corriente, y en fin escribe en gallego una carta a sus amigos de la *Cova céltica* con fecha 18 de junio de 1899. Rosalía y Curros murieron sin utilizar nunca el gallego como lengua epistolar.

LA DESGALLEGUIZACIÓN DEL GALLEGO

La expansión moderna del gallego escrito planteaba muy serios problemas, pues la nueva concepción de la lengua no permitía el conformismo con la situación de la forma hablada de que habían partido los escasos escritores que se registran entre los siglos XVI y XIX.

La desgalleguización del gallego es consecuencia inevitable de la obturación del registro gráfico de la lengua que se produce a fines de la Edad Media. Una lengua no escrita se dialectaliza siempre en favor de la lengua escrita que opera en el mismo dominio geográfico. Una lengua puramente oral enfrentada con una lengua escrita, y más si ésta es la lengua de la Administración pública, no puede sostenerse más que pagando a la misma un oneroso tributo. El gallego fue castellanizándose porque al no verse reflejado en el espejo de la escritura, perdió conciencia de sí mismo, y llegó a sentirse como una versión rústica, familiar o vulgar de la lengua oficial. Caminaba, pues, entre el siglo XV y el siglo XIX, hacia su autoinmolación como romance autónomo y su dialectalización por el castellano. Muchas formas populares que algunos escritores emplean, según dicen, por fidelidad al genio lingüístico de los estratos demóticos del país, no son sino incrustaciones enajenantes que han desalojado a las formas genuinas. Aquella fidelidad reclamaría más bien una restauración de las formas históricas, que son las verdaderamente populares. El restablecimiento, por ejemplo, de la -L- intervocálica, no puede considerarse como fidelidad al gallego, sino al castellano, y en este sentido es una forma aristocrática, pues el castellano es para aquellos estratos el registro noble del gallego.

Este presupuesto, apoyado en la realidad histórica de que el gallego dejó durante casi cuatro siglos de ser lengua escrita, y cedió a la oficial este papel, funciona aún —y es asombroso constatarlo—, en formas más o menos inconscientes, en el espíritu de algunos de los mismos propugnadores del Renacimiento literario del siglo XIX. Don Marcial Valladares, excelente lexicógrafo, se revela en su Gramática enemigo de la sintaxis genuinamente gallega, lo que prueba su aceptación del modelo castellano. Igualmente rechaza otros rasgos fonéticos y morfológicos característicos del gallego. Veamos algunos ejemplos.

La geadá es para él propia de gente zafia y la declara inadmisibles, como manera incivil de hablar.

La *i* epentética en fonética sintáctica es para él una conjunción superflua, pues no coordina copulativamente elementos análogos de la frase.

El infinitivo flexional, rasgo tan particular del gallego, que permite construir oraciones de infinitivo no concertadas con una elegancia y claridad imposible en los demás romances hispánicos, no debe aconsejarse.

Valladares anatematiza la supresión de la preposición *a* en frases del tipo *vou ver*.

La construcción con valor de gerundio de la preposición *a* más un verbo en infinitivo es igualmente proscrita.

Se exige la preposición *de* entre el auxiliar *haber* y el infinitivo en la perífrasis de obligación.

Se censura el uso de *en* con acusativos de dirección regidos por un verbo de movimiento.

Como se ve, para Valladares el paradigma de la sintaxis gallega no es otro que el castellano. En cuanto a la fonética, ocurre lo mismo, aunque en este aspecto su postura coincide con la tradición general de la lengua culta moderna.

Así, el autor de *Maxina* reduce prácticamente el gallego a una inflexión morfológica y léxica del castellano.

Con un paso más, la aceptación de los paradigmas de la conjugación castellana, el gallego quedaría reducido a la condición del *caló*: un vocabulario manejado con arreglo a las estructuras de la lengua general.

Vemos qué situaciones paradójicas, qué inesperadas incongruencias jalonan la historia de la constitución del gallego moderno como lengua escrita.

DIALECTALISMO. INTERDIALECTALISMO

Verdaderamente, no podemos extrañar que en poco más de un siglo, y en las desfavorables circunstancias en que se ha desenvuelto, la lengua escrita haya tropezado con tantas dificultades para fijarse. Desde las *Glosas Emilianenses* a *La Celestina* transcurren seis siglos, y es entonces cuando empieza a fijarse el español general. Pero lo esencial cuando se considera la historia de la constitución del gallego como lengua escrita es el hecho de que los iniciadores del "Resurgimiento", a diferencia de lo que ocurre con los de la "Renaixença" catalana, parten de cero, porque ignoran la tradición literaria medieval. Son, pues, "primitivos", que no pueden apoyarse más que en la empobrecida lengua hablada, tan erosionada por la lengua oficial, y, como usura de castellanismo, en la lengua oficial misma, que era la que se les había enseñado a escribir.

Así, los primeros ensayos se caracterizan por su dialectalismo. Sólo el espíritu con que los precursores manejan el gallego, los separa de los renacentistas y barrocos que —esporádicamente— lo usaron también. La ejecución es análoga. El modelo se lo proporcionan las hablas respectivas. Sólo la intención es distinta.

Aunque, como ocurre siempre en la vida, las etapas lógicas no coinciden exactamente con las etapas cronológicas, nos encontramos al principio con escritores que ponen por escrito el gallego de su localidad. Pero ya en Pintós —y antes en Fernández Neira y en Boado Sánchez— late un sentido de la

unidad del gallego que, por razones teóricas o prácticas, quiere desembocar en la fijación de una lengua común. Es cierto, sin embargo, que, al principio, de hecho domina el dialectalismo. Y, con él, el castellanismo, pues el habla está castellanizada, y el ruralismo, pues el gallego oral es una lengua rústica.

Tal menesterosidad de la lengua escrita es incompatible con el nuevo sentido de su dignidad. Nuestros escritores, orgullosamente entusiastas, no podían resignarse a esa situación, que confinaría la literatura gallega en el ámbito de la temática aldeana. *Follas Novas* fue en este sentido un libro revolucionario, y bien lo comprendía, al incomprenderlo, doña Emilia Pardo Bazán. Aunque más lleno de castellanismos que *Cantares Gallegos* —como que su temática es menos local—, su morfología es menos dialectal, pues Rosalía, en mayor medida que en la obra de 1863, se acerca a un gallego general, pero por el extraño camino del interdialectalismo, por la mezcla sincrética —aunque desordenada— de las distintas soluciones del gallego a los problemas de la estructura morfológica. Así, encontramos en *Follas Novas*, indiscriminadamente, las soluciones *-bre* y *-ble*, entre otras, para el sufijo latino *-BILE*; los plurales desnasalizados o no para los nombres terminados en *-n* en singular; todas las formas posibles para los plurales de los nombres en *-l*: la crudamente castellana (*mortales*); la relajada (*mortals*); la primitivamente gallega (*azúes*); la diptongada (*mortáis*); la asimilada (*mortás*). El gallego escrito del siglo XIX, como el castellano del XII, está ensayando formas, probando fonemas y morfemas.

DESCUBRIMIENTO DE LA TRADICION MEDIEVAL

Fue esencial para la evolución del gallego literario la divulgación de los textos medievales. Los Cancioneros primitivos no son conocidos en general hasta que don Antonio de la Iglesia incluye en su antología *El idioma gallego*, de 1886, cantigas tomadas de la edición del Cancionero de la Vaticana publicada por Teófilo Braga. La Escuela Diplomática que comienza a funcionar en Madrid tiene entre sus primeros graduados a don Antonio López Ferreiro y a don Andrés Martínez Salazar. Estos dos hombres, al leer con exactitud y publicar con rigor científico documentos antiguos, ejercen una poderosa influencia en el gallego literario. La edición del texto más importante de prosa gallega medieval entre los conservados, la *Crónica Troyana*, causa un fuerte impacto en la "escuela coruñesa". Pondal saluda la impresión de la *Crónica* como "cousa soberana". Los contertulios de la *Cova céltica* van a aprender mucho gallego en ella. Don César Vaamonde, redactor del *Diccionario* académico, autoriza frecuentemente con la misma los artículos de aquél. Formas arcaicas reaparecen en la lengua de los escritores. Apoyándose en la morfología medieval, se rechazan como vulgarismos resultados populares que antes se reputaban castizos. Por fin, la lengua escrita descubre sus raíces.

SUPRADIALECTALISMO

Las *Irmandades da Fala* (1916), la revista *Nós* (1920) y el *Seminario de Estudios Gallegos* (1923) jalonan etapas de un nuevo período en la consti-

tución del gallego escrito. Lo que caracteriza a este tiempo es la superación del dialectalismo y del interdialectalismo. Estamos en el momento inicial del supradialectalismo, que, desde luego, es un intento hacia la unificación. Ya no hay prejuicios localistas, ya se ha superado totalmente el ruralismo. La tarea principal propia de aquellos años es la purificación del gallego. Se trata de defender el idioma eliminando los castellanismos. La reacción contra los mismos, que amenazaban reducir el gallego a la condición de un bable o de un baturro, como ocurrió en el caso de los romances leonés y aragonés, condujo al diferencialismo y al portuguesismo.

DIFERENCIALISMO

Llamo diferencialismo a la preferencia sistemática por las formas idiomáticas diferentes del castellano, con la virtual eliminación de las comunes a ambas lenguas. El gallego cede al castellano todo el patrimonio común, lo que equivale a reconocerlo como mayorazgo y a autodefinirse como en función de éste. Lo que pretende ser una afirmación es, pues, una mutilación. El diferencialista, forzando la realidad si es necesario, dirá siempre *agro* y nunca *campo*, *esquecer* y no *olvidar*, *agarimo* y no *cariño*, *aperta* y no *abrazo*. La analogía operará de modo aberrante, por ejemplo monoportongando diptongos que tienen justificación etimológica, o al contrario: es la época de los *ambentes* y los *centíficos*, la de los *hourizontes* y los *sinceiros*. Asimismo se extraviará la analogía en su aplicación a los fonemas consonantes; y habremos de ensombrecer nuestros escritos con *somas*, y *cortellar* a las musas saltando los *muralós* del Parnaso. Como ven ustedes, en política idiomática, los escritores sin el asesoramiento de los lingüistas pueden cometer tantos yerros como los lingüistas sin el asesoramiento de los escritores.

PORTUGUESISMO

Otro recurso defensivo que hallamos en el gallego escrito de esta época es la recurrencia al portugués. Muchas veces los portuguesismos son simples restauraciones de voces gallego-portuguesas que el habla popular había perdido. Cuando no es así, se trata de formas más modernas que encajan perfectamente dentro de la estructura de la lengua. El neologismo en gallego apenas tiene otra opción que el préstamo de las dos lenguas de cultura que lo limitan: el castellano y el portugués. Las estrechas relaciones entre los escritores del grupo *Nós* y los intelectuales portugueses —un Teixeira de Pascoais, un Leonardo Coimbra— han de ser tenidas en cuenta como *realia* que influyen en la lengua literaria. La ósmosis entre codialectos es un hecho natural. Al cabo, en la clasificación de los romances hecha por Menéndez Pidal, la lengua del extremo occidente se denomina gallego-portugués. Lo que no obsta para que en otro nivel semántico distingamos dos lenguas en ese complejo.

MOVIMIENTOS REACCIONARIOS

La última etapa de la historia de la lengua escrita a que debo referirme es la posterior a la guerra.

Está dominada por dos hechos, dos actitudes reaccionarias. La reacción contra la insolvencia científica como tal y la reacción contra el culteranismo.

En 1965 los alumnos de la primera promoción de Filología Románica de la Universidad de Santiago tienen que matricularse en la asignatura de Lengua y Literatura Gallega. El galleguismo queda enmarcado en el romanismo.

A partir de este momento, se dan las condiciones necesarias para un mejor conocimiento teórico de la lengua. Empiezan a ser frecuentes los trabajos de dialectología. También se estudia la lengua medieval y la de los escritores modernos. Los lingüistas pueden proporcionar útil información a los escritores, y el intercambio de puntos de vista entre unos y otros se hace usual. Todo ello no puede menos de ser beneficioso, a condición de que cada uno se mantenga en su propio campo. Los escritores que no sean lingüistas no deben escribir una nueva *Gramática gallega*. Los lingüistas que no sean escritores no deben escribir una nueva *Virxe do Cristal*.

El mejor conocimiento de las hablas locales y la preparación romanística general son garantía contra las deturpaciones. Pero un gallego de tecnócratas estaría falto de sustancia cultural si desconociese la tradición trabajosamente fundada y mantenida por los cultivadores de la lengua literaria. Fenómenos fonéticos como la geada y el seseo, por muy característicos que puedan ser de ciertas zonas de Galicia, se hallan fuera del gallego escrito tal como se ha constituido a partir de los Precursores, y los dialectólogos han de limitarse a registrarlos, sin pretender incorporarlos a la lengua culta por amor al color local.

Otros han reaccionado contra el pretendido culteranismo de los tiempos del Seminario por dogmatismo popularista. El gallego del pueblo —el gallego castellanizado— se opondría así al gallego de los selectos —el gallego aportuguesado. Pero resulta que el tal gallego popular es una versión popular del castellano, o acabaría por serlo. Sólo un gallego restaurado es viable. Escribir en el gallego castrapizado por varios siglos de analfabetismo sería renunciar al gallego. Un castellano dialectal en el que operaría un sustrato gallego sería el porvenir inexorable. Mejor sería la total castellanización.

Como no puede admitirse que lo popular sea el castellanismo, no puede admitirse que el portuguesismo sea antipopular. Si se quiere escribir en gallego, no podemos ni olvidar que el portugués está genéticamente emparentado con el gallego ni que el castellano lo está políticamente. Tan absurdo es el diferencialismo frente al castellano como el diferencialismo frente al portugués. Tales actitudes aislacionistas no se pueden justificar por razones auténticamente filológicas.

ORIENTACION ACTUAL

Actualmente hay una zona fundamental de coincidencia respecto al problema de la lengua escrita. Es evidente que para el hombre de ahora escribir en gallego no es escribir en gallego-portugués, ni en portugués ni en castellano. Pero muchas formas gallegas coinciden con las gallego-portuguesas, las portuguesas y las castellanas. La dosificación de los elementos que deben combinarse es cuestión de tacto. Hay que dar por caducadas ciertas leyes que en otro tiempo fueron fecundas. Pocos son los que se empeñan en con-

siderar todavía operantes los sufijos *-zon* y *-zo*. Pero pocos son también los que renuncian a formar abstractos y concretos en *-de*, por más que el vulgo haya emprastado las formas populares castellanas. No diremos, pues, *planificación* ni *solstizo*, aunque mantengamos como bienes patrimoniales *benzón* y *pazo*. Pero no convertiremos *vontade* en *vontá*, ni *parede* en *paré* ni *vide* en *ví* ni *virtude* en *virtú*.

El gallego escrito de hoy, superada, aunque imperfectamente, la fase dialectal, y la interdialectal, ha alcanzado la fase supradialectal. Ello no ha sido posible por la aceptación pura y simple como lengua literaria de una de las variantes del gallego. Pero ha habido un compromiso entre las distintas zonas, y, aunque, incluso en la ortografía, no dejan de subsistir originalidades extravagantes, en líneas generales se ha aceptado la morfología del gallego iriense y la fonología del gallego lucense. Es la consumación de la línea que, zigzagueante y a menudo borrosa, han formado las huellas de Rosalía, Pondal, Cabanillas y Castelao, para citar sólo figuras eminentes de nuestras letras. Como la lengua no es una religión, desconoce pontífices, y, por lo mismo, herejes. Las infracciones de la norma no están sujetas al derecho penal. Todos los que hemos intervenido en la ordenación de la lengua, nos hemos limitado a encauzar una corriente que fluye obedeciendo a leyes culturales. Ya veremos hasta qué punto resulta eficaz nuestra labor de canalización. Los planes de desarrollo siempre son modificados por la realidad imprevisible. Pero mi misión era la de historiador. La de predecir el futuro queda, felizmente, fuera de mis obligaciones de esta tarde.

T E X T O S

1

Traballos con desfavor
do señor Rei Don Enrique
a vós, xentil trovador,
me farán que non reprique
inda ben como querréi;
mais, macar eu me desgabe,
nunca vos eu negaréi
eso que meu saber sabe,
postó se me faça grave.

Graças vos quero render
por me tanto conloar,
mais o non me coñocer
vos engana, sen dultar;
e temo, se ven a proba,
que mía vertude se negue,
ca muito mellor por nova
me terréis, que cando achegue
e míos viçios desplegue.

Desexando complaceiros
—ca deséxoo sen falla—
digo destes escudeiros
que vosa questón entalla,
que o que orden cabaleira
recebe, desque vemente,
honora máis sa bandeira,
pois primeiro merecente
se fezo que recebente.

Canto diceses se cree,
ca vosas trovas veendo
faz que o que non se vee
se recoñoza lendo.
Non miredes a eloqüenza
baixa de meu responder,
que con a gran diferenza
de las falas, meu poder
non pode ben compoer.

(*Escolma de poesía galega*, II, Vigo, 1959, pp. 83-84.)

2

Eno lugar de San Cloyo, a bynte e dous dias do mes de setembro del año del Señor de mill e quiñentos e trynta e dous anos, el señor merino dió licençia a Gil Fernandes, vecino de Byeyte, su pena de bynte mill mrs., que él non se salga en sus pies nen en ajenos sen lyçençia del dito merino de su casa del dicho merino fasta la yglesia e fasta a casa de Catalyna da Beyga, so la dicha pena, e más le dió su palabra e preyta menaxe, estando presentes por testigos Fernando d'Agra e Sueyro de Penedo.

(*A vida e a fala dos devanceiros*, I, I, Vigo, 1967, 129, p. 228.)

3

Esa Crónica Troiana
que agora de fresco temos
por persoa castellana,
señores —¡véigana os demos!—,
é unha cousa soberana.

En eses acentos bravos
de fortes —e non de escravos—,
con alentos soberanos
parez que diga: —Abrazávos,
gallegos e lusitanos.

Abrazádevos contentos
deses vosos nobres soes,
sonoros e roburentos;
que son os vosos acentos,
os acentos de Camoes.

(*Versos ñorados ou esquecidos de Eduardo Pondal*, Pontevedra, 1961, pp. 193-194.)

4

La part de l'opinion la plus lente à s'éveiller et à prendre conscience de la dignité et de la valeur de la langue d'Oc a été, comme il est naturel, et malgré les apparences entretenues par le Félibrige, l'opinion paysanne. Il n'est aucunement paradoxal de constater que ce fut le paysan occitan qui demeura le plus longtemps insensible à la valeur du "patois", sa nourriture quotidienne. Tout en l'aimant d'instinct, comme tout ce qui est "soi", il ne pouvait désirer le mieux connaître, tant que son insuffisance dans la maîtrise de la langue française faisait pour lui, du "patois", le signe d'une infériorité sociale. Mais, du jour où ce sentiment d'infériorité commença à disparaître par suite du développement de l'instruction et de la connaissance du français, et aussi par suite du relèvement des conditions économiques de la paysannerie, l'opinion paysanne a suivi le mouvement. Actuellement la cause de la langue d'Oc est à peu près gagnée auprès d'elle.

(Charles Camproux, *Histoire de la littérature occitane*, Paris, 1971, p. 221 s.)